

basca, frío de quartana, quebrantamiento de huesos y al fin fiebre intensa.

Continuaban la fatiga y el ajetreo en el patio y en el corral del mesón, salían caballos herrados, gritaban los arrieros, se cargaban y descargaban tercios y Pepe estaba suspenso, pues ni podía dejar á su mujer, que deliraba con muertes y depredaciones, ni podía salir á enterarse del giro que las cosas tomaran.

Duró más de una hora la espera, una hora que la lluvia empleó primero patinando en el techo del cuarto, luego simulando que arrastraban por él cueros crudos, después llamando á la ventana con un tamborileo incesante y al fin cayendo en chorro alegre, duro y fuerte en las losas del patio, y repercutiendo en la corriente que pasaba por la calle conduciendo piedras y maderos y ensanchando los hoyos en que el agua represa gorgoriteaba como rezando una devoción ó simulando un gargarismo.

— ¡No, déjenle!... ¡Él no tiene nada que ver en esto!... ¡Ah, es el viejo, el negro inmundo!... ¡Maldito sea!... ¡Fuera, don Santiago, nos queremos, me quiere, le quiero!... ¡Fuera!... Vino á la grupa de Mejía, cabalgando por los aires... Han dejado un horrible olor de azufre... No es azufre, es que tiene catanga, el olor de los negros... ¡Jesús, Dios mío, Madre Santísima de Guadalupe!... ¡Defiéndeme, Señor, de ese ladrón desalmado! ¡sentir que

me llama, que me abraza, que me besa!... Mejor morirme.

El niño dormía; pero al fin, asustado por los gritos ó urgido por la necesidad de sustento, rompió á llorar desahoradamente, llevándose á los ojos las manitas apretadas y lanzando claro un *coñá coñá*, que hizo á Pepe coger en brazos al chiquillo y zarandearle un poco.

— ¡Mi hijo! exclamó la enferma recobrando el sentido y sentándose en el camastro. Préstamele acá, que quiero darle su papa.

— Le va á hacer daño; tienes una calentura que quemas y...

— Dámele, te digo... que si no viene el maldito viejo... Ese viejo es el dragón infernal.

Y echándose en las almohadas empezó á canturrear una tonadita que acababa con el insípido ritornelo «Y vencer al dragón infernal».

El infante lloraba á más y mejor, opacando con sus gritos las exclamaciones de la calenturienta, y Pepe tenía todos los trabajos del mundo para hacerle callar.

Cuando había pasado la tormenta y las canales caían intermitentemente, como si un fuerte viento empujara el chorro en direcciones encontradas, entró á la mal alumbrada vivienda un hombre que dejó caer la capa en la puerta y saludó á Brambila con un gruñido de desdén.

— Amigo, se le extrañó. ¿Qué mosca le ha picado que

593

determinó venir á encerrarse entre estas cuatro paredes? Vamos, vamos afuera, que si no lo van á tomar por un mandria.

Brambila hizo al borrachín señas elocuentes para que se callara, y como la enferma estuviera más calmada y el niño se hubiera dormido con un chupón de agua de orégano entre los labios, salieron juntos los dos amigos hasta el zaguán de la vivienda, y allí, entre aparejos y sobrenjalmas, al lado de unos huacales de plátanos que mareaban con su aroma, el viejo imberbe empezó así:

— Amigo, todo salió á pedir de boca; el peligro está alejado y no haya miedo que se repita... Después de todo fué osadía de don Benito el salir tan falto de auxilios... Que este batallón para Toluca, que este regimiento para Oaxaca, que esta división para Morelia, que este cuerpo para el interior... En suma, que la guarda de nosotros, del gobierno, de los supremos poderes, quedó encomendada á cuatro gatos que en un trance apretado nos habrían servido de maldito de Dios la cosa... Pues, señor, que le dijeron á Juárez cómo andaba todo, que él le contó el caso á Berriozábal, que don Felipe estaba que ya se desmorecía del horror y que en seguida vinieron las gentes que traían mensajes pintando todo de una manera que ponía los pelos de punta. Mejía contaba con tres mil hombres, Olvera con dos mil, este cabecilla con quinientos, el otro con doscientos, el de más allá con sesenta

caballos de lo mejor... En suma, que no había duda que todo estaba perdido... El día tantos don Tomás estaba en Tolimán, el día tantos en San Andrés, hoy debía estar á dos ó tres leguas de aquí...



Era tal el terror que sentíamos, que rodeamos á Juárez con una familiaridad y una confianza que no parecía sino que nos habíamos conocido toda la vida y que éramos iguales.

— ¡Señor, que vienen! exclamaban los más afligidos.

— ¡Señor, decía uno más atrevido que los otros; hay que emprender la vuelta de México!

— ¡Señor, susurraba un tercero, vámonos entregando, vamos procurando que Mejía nos dé cuartel! dicen que es de buenas entrañas y que lo más malo es su fama.

— Yo tengo amigos entre los de Mejía, indicaba un cuarto con la esperanza de voltear chaqueta.

Y Juárez, quieto, tranquilo sin sonreirse al oír tamaños despropósitos, sin espantarse al mirar la inminencia del peligro, daba vueltas con las manos á la espalda, nos veía á todos como si perteneciéramos á otro planeta y comunicaba órdenes á Berriozábal y á Fuente con la misma sangre fría que si estuviera en su salón del palacio de México. ¡Qué hombre, caramba! Bueno, pues tiene usted para bien saber y yo para mal contarle, que ya pasaban más de dos horas cuando vimos una polvareda por el camino real, y entre los remolinos de polvo sobresalir cabezas ó encuentros de caballos, puños de sables, chacós, gorras galoneadas, paños de sol... Era una fuerza... Reinó el silencio durante un buen rato: sólo lo interrumpió el que se decía amigo de Mejía para exclamar á voces:

— Es buena persona don Tomás; ya quisieran otros... Yo le conozco y sé de él cosas que... francamente, no todos hacen.

En ese momento vimos que un gallardo jinete se adelantaba hasta el grupo y preguntaba con cariño:

— ¿Dónde está el señor Presidente?

— Es de los nuestros.

— Es Patoni.

— Patoni que viene á ayudarnos.

— ¡Viva Patoni!

Patoni era, en efecto, que llegaba dispuesto á auxiliar á Juárez y á todos nosotros, defendiéndonos de Mejía y de lo que venga. ¿Qué le parece?

De todas veras celebró José la liberación de la compañía, y á la mañana siguiente, cuando la pobre Cristina recobró el conocimiento y estuvo capaz de escuchar nuevas, su amante le contó todo de pe á pa, sin omitir detalles ni escasear comentarios que venían muy á pelo para levantar los abatidos ánimos de la muchacha.

Como si hubieran sido un ensalmo las buenas noticias, casi instantáneamente aliviaron á la enferma; pero aunque nada le doliera, tuvo que permanecer en cama para aguardar el efecto de los menjurges que el médico le había recetado y para reponerse un poco del horrible sacudimiento nervioso que había sufrido figurándose quién sabe qué catástrofes que la imaginación le hacía ver en perspectiva.

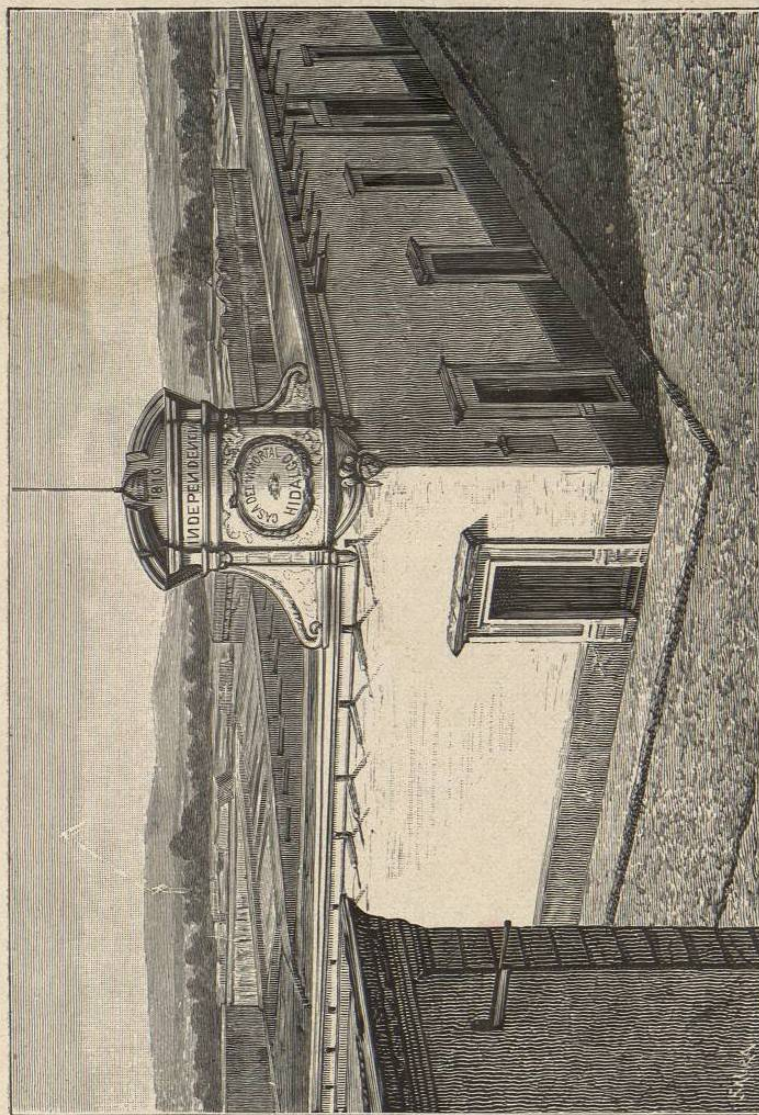
A los dos días ya pudo alzarse de la cama y emprender de nuevo la caminata, si bien sufriendo á cada momento accidentes y supiripandos que ponían á su dueño en continuo sobresalto.

En Dolores Hidalgo se reunieron con la comitiva sin

tener que lamentar robo, asalto, albazo, palomazo ó cosa por el estilo. Cuando llegaron había pasado ya la ceremonia que los del gobierno organizaron en la casa de Hidalgo; pero don Manuel la refirió con su exactitud acostumbrada.

— Muy sencillo: llegamos de dos en fondo con nuestros mejores trapitos, y entramos á la casa en medio de un respetuoso silencio. Allí un orador que no conozco dijo un discursito muy valiente y muy enérgico: que esto y que lo otro, que era aquel el santuario de la libertad, que se le sonrojaría el rostro á los traidores al considerar quién había sido el héroe que había habitado aquella humilde casita; que no debíamos desmayar en la empresa de defender el pabellón nacional, y otras cosas muy bien dichas y muy bien pensadas... En seguida Guillermo Prieto, su patrón de usted, dijo unos versitos que nos dejaron alebrestados y con un friíto por la espalda... Bien hablado. A dos viejecitos *cáncanos*, que dizque fueron compañeros de Hidalgo, el señor Juárez les agració á uno con el empleo de general y á otro con el de capitán, nombrándole, además, conserje de la casa de la Independencia.

La casa con su mesita, sus sillones de cuero, su corralito, sus paredes hechas pedazos y sus puertas del año de uno se conservará tal como se encuentra. En la plaza principal del pueblo se ha de levantar una columna que



Casa de Hidalgo, en Dolores.

lleve una estatua del cura Hidalgo. La columna la costeará el gobierno federal, y la estatua la pagarán á escote los gobiernos de los Estados.

Además, se abrió un registro que contiene pensamientos y firmas de todos los de la *carpanta*; hay cosas muy lindas...

Al día siguiente salió la comitiva para San Luis, y dos días después llegó á la ciudad en medio de los repiques de las iglesias, el respetuoso homenaje del gobierno y el entusiasmo de las gentes.

